

Tim Guénard

Más fuerte que el odio

Una infancia herida:
del horror al perdón

Traducción de
Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar

Herder

Título original: Plus fort que la haine
Traducción: Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar
Diseño de la cubierta: Melina Belén Agostini

© 1999, Éditions Presses de la Renaissance, París
© 2025, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5273-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Sagràfic
Depósito legal: B-5 512-2025

Impreso en España – Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Advertencia	11
Prefacio	13
Tres años. Abandonado en una cuneta	17
Cuatro años. En la caseta del perro	21
Cinco y seis años. Silencio, hospital	27
Siete años. En el zoco de los huérfanos	31
Ocho años. La cárcel de los locos	37
Nueve años. Las garras de la nodriza	43
Diez años. La dicha en llamas	53
Once años. En el correccional, sección «Duros de pelar»	59
Doce años. Fuga y asco	73
Trece años. Chulo de putas	81
Catorce años. Gigoló en Montparnasse	91
Andén de partida, mi hermano mayor se las pira	97
Quince años. La vuelta al mundo con el señor León	103
La gran evasión	115
El viejo y la muerte	125
Carta abierta a mi padre, el presidente de la República	131

Aprendiz de escultor de gárgolas	141
Dieciséis años. Bailando con golpes	151
Dieciocho años. Tras la pista de los extraterrestres	165
Un curita en mi moto	179
El <i>electroshock</i> del perdón	187
Veintiún años. Mi primer regalo de cumpleaños	197
Mis amigos los que han padecido el sufrimiento del mundo	207
Las aventureras de Dios	215
Veintidós años. La chica de la casa de la felicidad	227
Veintitrés años. La boda del hijo pródigo	235
Veinticuatro años. En Lourdes, en las manos de María	243
Setenta y siete veces siete	253

*Este libro es para aquellos que arrastran una memoria
herida, para quienes no logran perdonar, para quienes
sufren y claman por una esperanza*

ADVERTENCIA

He necesitado años de silencio y de amor para poder decirlo casi todo.

He vivido lo que cuento en estas páginas. No es una novela. Deberán perdonarme el estilo a veces demasiado coloquial de estas líneas, pero no tengo costumbre de escribir. Prefiero decir.

Con el fin de no comprometer a ciertas personas, he cambiado voluntariamente los apellidos y los nombres de lugares. Es la única alteración de la verdad que me he permitido.

Deberán perdonarme también que no haya sido siempre exacto con las fechas. He vivido varias vidas en una. A veces los recuerdos se superponen. No importa. Tengo la edad de mi esperanza.

Por pudor, he ocultado también lo que no podía hacerse público y tenía que ver con la estricta intimidad.

Me he callado para no congelar la imagen de determinadas personas en el daño que me causaron. No quiero impedir que cambien. Tienen derecho a sorprenderme.

Solo he hablado tras la muerte de mi padre, por respeto hacia ese hombre a quien quise matar y al que aprendí a querer en el momento en que franqueaba las puertas del Gran Umbral.

Descanse en paz.

PREFACIO

Mi vida está tan magullada como mi cara.

Solo en la nariz tengo 27 fracturas. De ellas, 23 provienen del boxeo, y cuatro de mi padre.

Los golpes más violentos los he recibido de quien debería haberme tomado de la mano y decirme «te quiero».

Era iroqués. Cuando mi madre lo abandonó, el veneno del alcohol lo volvió loco. Me dio palizas de muerte antes de que la vida prosiguiese el juego de la masacre.

He sobrevivido gracias a tres sueños: lograr que me expulsaran del correccional en el que me habían ingresado —una hazaña nunca consumada hasta entonces—; convertirme en jefe de pandilla; matar a mi padre.

He realizado estos sueños. Excepto el tercero. Faltó el canto de un duro...

Durante años, la llama de la venganza me hizo vivir.

En la prisión de mi odio me visitaron personas habitadas por el Amor e hicieron que me arrodillara en el corazón. Debo la vida a quienes la sociedad rechaza, a los achacosos, a los liados, a los discapacitados, a los «anormales». Les debo la vida y una formidable lección de amor. A ellos les dedico este libro. Me han permitido renacer.

Este reencuentro inesperado con el Amor conmocionó mi existencia.

Hoy en día vivo en una gran casa clara, en las colinas de Lourdes, con Martine, mi mujer, y con Églantine, Lionel, Kateri y Timothée, nuestros hijos. Y además algunas personas que están de paso y que hacen un alto en nuestra casa antes de seguir su camino.

Esta mañana he plantado mis colmenas en la pendiente del monte. Mañana me las llevaré a otro lado, hacia otras flores, otros perfumes. Saboreo el silencio de las colinas que me llevan en su galope hacia el horizonte.

Una abeja revolotea a mi alrededor, zumba junto a mi cara, vuelve a la flor, cargada de polen. Su vida está pautada como una partitura. Hace sonar las notas de su herencia, las órdenes seculares que le transmite su código genético. La abeja, como todo animal, no puede cambiar nada en su comportamiento programado.

El hombre sí.

El hombre es libre de alterar por completo su destino para lo mejor o para lo peor.

Yo, hijo de alcohólico, niño abandonado, he hecho fallar el golpe a la fatalidad. He hecho mentir a la genética. Ese es mi orgullo.

Mi nombre es Philippe, y me llaman Tim, porque mi nombre iroqués es Timidy. Significa «señor de los caballos». Mi memoria herida fue más difícil de domar que un pura sangre salvaje.

Guénard podría interpretarse como «firme en la esperanza». Siempre he creído en el milagro. Esa esperanza que nunca me ha faltado, ni siquiera en lo más negro de la noche, se la deseo hoy a todo el mundo.

He heredado de mis antepasados indios la ausencia de vértigo. Solo temo un abismo, el más aterrador, el del odio hacia uno mismo.

Prefacio

No tengo más que un miedo, el de no amar lo suficiente.

Para ser un hombre se necesitan cojones. Para ser un hombre de amor hay que tenerlos aún más grandes.

Tras años de combate, enterré el hacha de guerra con mi padre, conmigo mismo y con mi pasado.

A veces cojo el volante de mi vieja camioneta y me voy, cuando me lo piden, a contar una parte de mi caótica vida. Voy por los alrededores, o a veces más lejos, ya sea en Francia, o en el extranjero, a los colegios y a las cárceles, a las iglesias y a los tribunales, a los estadios y a las plazas públicas...

Doy fe de que el perdón es el acto más difícil de plantear. El más digno del hombre. Mi combate más hermoso.

El amor es mi puño final.

De ahora en adelante camino por la senda de la paz.

TRES AÑOS ABANDONADO EN UNA CUNETA

No me abraza, no me dice «hasta luego». Nada, ni una palabra. La mujer se aleja. Lleva unas botas blancas... Tengo tres años y mi madre acaba de atarme a un poste de la electricidad en esta carretera rural que no lleva a ninguna parte.

Regresa a su coche, aparcado junto a la cuneta. Se aleja. Desaparece. Ya no veo más que la niebla. Tiendo los brazos. Estoy solo. La noche invade el bosque, y sus monstruos salen de la sombra.

Es el único recuerdo nítido que conservo, siendo niño, de mi madre. Una espalda que se aleja y unas grandes botas blancas. Alguien que se va...

Me parió a la edad de 16 años y me abandonó tres años más tarde, el día en que se unió al nuevo hombre de su vida. Yo ya no ocupo ningún lugar en su existencia.

Los gendarmes me encontraron de madrugada, congelado, aterrorizado. Me llevan otra vez a casa de mi padre. No tengo ni idea de cómo encontraron su rastro, yo he perdido el habla.

Mi padre pertenece al cuerpo de guardia de una embajada de París. Es un hombre delgado e inmenso como una haya, de nariz aguileña y el pelo negro de sus antepasados. Este atleta silencioso no puede negar su sangre india. Tiene una fuerza poco común. Su energía se desencadena de golpe, terrible, como un rayo o un arco que se dispara.